

Angélica Palma

Selección de Novelas Breves

**Coloniaje
Romántico**

Editorial Cervantes Barcelona

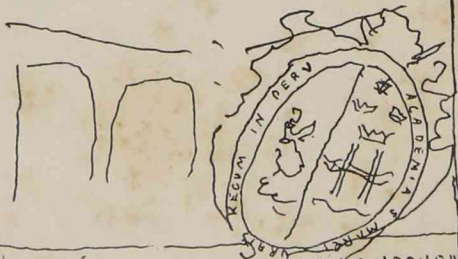
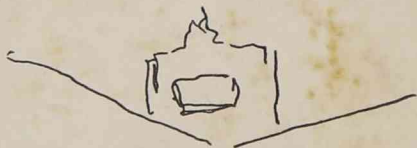


BIBLIOTECA NACIONAL

1960

EX - LIBRIS

Fugit irreparabile tempus



RAÚL FORRAS BARRENECHEA

SELECCION DE NOVELAS BREVES

ANGÉLICA PALMA

COLONIAJE
ROMÁNTICO

NOVELA DE EVOCACIÓN HISTÓRICA

Premiada en el Concurso Literario Internacional,
de Buenos Aires, de 1921

EDITORIAL CERVANTES

RAMBLA DE CATALUÑA, 72

BARCELONA

Es PROPIEDAD
COPYRIGHT

RAUL PORRAS BARRENECHEA



Imprenta LA POLÍGRAFA : Balnear, 64 - Barcelona

A MIS
HERMANOS,
EN RECUERDO DEL HOGAR
BENDITO DONDE VI-
VIMOS AMADOS
Y FELICES

APODERADO GENERAL EN SUD-AMÉRICA

JOSE BLAYA

FORMOSA, 463 : BUENOS AIRES

ANGÉLICA PALMA

LA autora de esta hermosa novela, que obtuvo el primer premio en el Certamen Literario Internacional celebrado en Buenos Aires el año 1921, goza de una de las mayores reputaciones literarias que puedan ostentar las escritoras de nuestra raza.

Angélica Palma nació en Lima y es hija del conocido escritor don Ricardo. Su vocación literaria puede decirse que es uno de los mejores legados de su prestigioso padre. Esta ya eminente escritora, comenzó colaborando en selectas y numerosas publicaciones de Europa y América, y en 1918 publicó su

primera novela, *Vencida*, firmada con el pseudónimo «Marianela». *Vencida* formaba volumen con la novela corta *Morbis aureus*, y la crítica acogió el libro con elogio unánime y merecido.

Tres años después publicaba con su nombre una magnífica novela, *Por senda propia*, a la que críticos eminentes calificaron de verdadera joya literaria que no hubiera rehusado firmar, y aun lo hubiera hecho con legítimo orgullo el esclarecido autor de las *Tradiciones Peruanas*, Ricardo Palma.

Cristóbal de Castro preguntaba desde las columnas de una gran revista de Madrid, después de leer esta excelente novela de Angélica Palma: «¿Hay muchos escritores de Hispano-América que la igualen en esos claros dones literarios que se llaman vivacidad y vigor? ¿Hay

algún peruano que la aventaje en la propiedad del decorado; en la gracia, noble y diáfana, de los caracteres; en la fuerza, elegante y delicada, de un estilo, donde medita Balzac y sonríe don Juan Valera?»

Si *Por senda propia* bastaba para responder clara y favorablemente a las preguntas del crítico, razón de más tendremos ahora para reproducir la respuesta de un modo rotundo luego de leer esta maravillosa creación de maravilloso artífice que lleva por título *Coloniaje romántico*.

La altísima recompensa que a esta preciosa novela le concedió el Jurado del Concurso Literario Internacional de Buenos Aires, será refrendada por el fallo anónimo, pero definitivo, de la masa de lectores que saborearán esta perfecta obra literaria que la Editorial Cervantes

se complace en incluir en esta Selección de Novelas Breves, que tantos devotos cuenta en el público en general y en el núcleo de señoras aficionadas a la buena literatura, en particular.

COLONIAJE ROMÁNTICO

Graves negocios debían embargar la atención y perturbar el ánimo de mi señora doña Mariana, esposa del tesorero del tribunal de la Santa Cruzada, don Alonso de los Llanos, cuando aquella noche, que por cierto era la de San Silvestre, y ya muy dadas las siete, no se escuchaba aún su voz autoritaria impartiendo a los niños, en forma perentoria, inapelable orden de recogerse a las alcobas. Ni siquiera se había percatado la noble señora—tan absorta hallábase en la plática con D. Alonso y con su padre espiritual, el dominico Fray Ambrosio Marchena, varón sesudo y de consejo—de que, tras las pesadas cortinas de damasco verde, estaban juntas

las puertas que comunicaban con la recámara, cerradas sin duda por la misma mano previsora que entornó también las de esta habitación al traspatio, teatro, a la sazón, de juegos infantiles. Era el traspatio espacioso y cuadrado, pavimentado de rojos ladrillos en el contorno que altas y gruesas columnas separaban del centro, en cuyo piso de tierra arraigábase, un aromo con el follaje salpicado de las áureas motitas de sus flores, y varios jazmineros que, trepando por las columnas, subían al techo. Bañábalo todo la suave claridad de la luna de diciembre, y a su irradiación argentada solazábanse los niños de la casa, una damita y dos caballeretes que entre los tres no sumaban un cuarto de siglo, en compañía de un par de mulaticas de siete a ocho años, hijas de la cuarterona Martina, que, suelta la cabellera crespa y corta y mal velada la opulencia del busto y de los brazos bron-

cíneos por blanco rebozo de hilo de Lambayeque con guarda azul y flecos larguísimo, vigilaba a la gente menuda. Como en todos los tiempos, inclusive en los actuales, democráticos y socialistas, la igualdad que estos esparcimientos en común parecía demostrar, era tan superficial que a cada detalle se desmentía: amito, decía la voz humilde de las niñas esclavas: zamba, gritaba la de los dueños con inconsciente despotismo, y en esta misma dichosa inconsciencia estaba la mejor fuente de regocijo, enturbiada apenas por el temor latente de la aparición de doña Mariana.

—¡Petita! — llamó desde uno de los cuartos interiores una voz musical. Al oírla, la mayor de las dos criaditas marchóse corriendo y volvió a poco trayendo un sillón y un taburetico que colocó junto a una columna. Luego entró doña Violante de los Llanos, tan blanca y tan bella, tan delicada y tan pura en la flo-

rescencia de sus diez y ocho años, que hubierásela creído formada por los mismos rayos de la luna que la envolvían en su dulce luz. Avanzó por entre sus hermanitos sin mirarlos, detúvose un punto junto al sillón, apoyando en él la mano pálida y después sentóse, descansando en el taburete los piecitos calzados de raso y en el espaldar la juvenil cabeza, mareada de quimeras y esperanzas en esa noche de primavera.

En torno de ella, abstraída y callada, seguía el bullicio infantil.

—Martina — exclamó con imperioso acento uno de los niños — cuéntanos un cuento; ya nos cansamos de correr.

—¿Un cuento, amito? ¿A estas horas? ¿No sería mejor que sus mercedes se fueran a la cama antes de que venga mi señora?

—Necia! En cuanto ella asome, volamos nosotros. Un cuento, te he dicho!

—¿Y no incomodaremos a la amita? Creo que duerme.

—¡Que va a dormir! ¿No la ves enormes ojos abiertos? Y ella también gusta de escuchar consejas. Responde, hermana. ¿No te placen los cuentos?

Fijó la interpelada en el muchacho las pupilas soñadoras, y, sonriendo vagamente, hizo un signo afirmativo. Acercósele entonces la fiel criada y prosterpada ante ella para mirarla mejor, preguntóla mimosamente, como si aún fuera la pequeñina que alimentó a su pecho y meció en sus brazos:

—¿Qué cuentos prefiere mi reina? ¿De brujas y trasgos? ¿De lances de guerra? ¿De tierra de moros? De trovadores? ¿De amor?

—De lo que se te antoje, Martina, —murmuró displicente la damisela.

Y la esclava, sentada a sus pies, repitiendo fielmente, sin comprenderlo mucho, el relato que innúmeras veces oyera

a cierta dueña muy leída y escribida que a su servicio tuvo doña Mariana, habló así:

—Erase que se era un muy grande y poderoso señor, dueño de luengas tierras y de vasallos sin cuento. En cierta ocasión armó a éstos en son de guerra y a la cabeza de ellos partióse en busca de los ejércitos de su Sacra Real Majestad, que requería su auxilio para castigar infieles. En el castillo, allá arriba de un monte escarpado, dejaba custodiada por leales servidores a su hija única doña Guiomar, la más garrida doncella de la comarca. Sabiéndola desamparada del padre, un su enemigo juzgó propicia la ocasión para vengar agravios añejos y satisfacer ruines apetitos y con una turba de malandrines asaltó el castillo. Desde una ojiva, las mujeres aterrorizadas veían avanzar a los enemigos, tan numerosos que no tardarían en dar cuenta de los pocos defensores, y con

llantos y preces imploraban del Señor y de su Santísima Madre un milagro salvador; y cuando ya desesperaban de alcanzarlo, apareció, como caído del cielo, a la cabeza de una brava mesnada, agitando una cinta con los colores de doña Guiomar, el más gallardo y gentil guerrero que pudieran mirar ojos humanos...

Como evocado por las palabras de la narradora e interrumpiendo el fantástico relato, entró inesperadamente un doncel más apuesto que el campeón denodado de doña Guiomar. Traía sin polvos los cabellos, cruzado el noble pecho por el tahalí, del que pendía la espada, bajo el brazo el chapeo y en la siniestra un ramo de *arirumas* color de oro, que, de hinojos en el taburetico, ofreció a Violante, a la par que asía su mano temblorosa y apoyaba en ella, largamente, los labios. Llamábase el recién llegado don Hernando, era hijo de una

hermana del señor de los Llanos, la condesa viuda de Montiel, y, como segundón, debía darse por muy bien servido con el cargo de alférez de alabarderos del palacio virreinal, mientras el mayorazgo triunfaba y lucía en los salones de la corte y en los parques de Aranjuez. Los lazos de parentesco permitieron siempre a Hernando frecuentar la mansión del tío Alonso y tratar con intimidad a los primos; mas últimamente doña Mariana poníale agrio gesto, por lo que el mozo dábase buena maña para hacer sus visitas a hurtadillas de la áspera señora.

—Hernando — dijo la doncella abandonando su asiento y llevando al joven al otro lado del traspatio, cabe la sombra grata del aroma. — ¿Tú aquí a estas horas? ¿Qué locura es ésta?

—No soy el único — respondió con cierta amargura el mancebo — que llega a esta casa después del toque de que-

da. Aun está abierta la puerta principal y en el zaguán puede verse una lujosa calesa, y, tras los vidrios de las mamparas, el estrado con profusión de luces. No soy yo quién para que se me acoja con tales agasajos, y porque en mis barbas no los tributen a otros más afortunados, entréme, como los esclavos, por el callejón y aquí me tienes.

—Nada sabía de esos visitantes — dijo la dama, — pero bien venidos sean si les debemos departir libremente un instante. Ahora dime, ¿cómo ha sido el traerme estas flores?

—Niña mía, las veladas del cuerpo de guardia son gran recurso para un pobre segundón; favoreciéronme los dados, y, ¿qué mejor destino podía caber a los doblones que ellos trajeron a mi escueta bolsa, que el de ser trocados por unas arirumas que mañana, en el paseo de Año Nuevo, se ostenten en su corpi-

ño? (1). Mira, aun están cerrados los botones; déjalos esta noche en agua y amanecerán entreabiertos y lozanos.

—Y cuando, después de haberlas llevado todo el día, las retire del seno, ya marchitas, guardaré estas flores en un cofrecito escondido bajo mis ropas en el fondo del arcón, donde tengo aquellos claveles... ¿Te acuerdas?

—¡Oh, Violante! — exclamó con ardor el alférez. — ¿Cómo podría olvidarlos? Por ellos permíteme jurarte...

Súbitamente apagóse la voz de Hernando y palideció su rostro que la pasión encendía. Frente a él habíase abierto bruscamente la puerta de la recámara y enmarcábase en ella la austera figura de doña Mariana. A su aparición, como

(1) La ariruma (en botánica *amarillio*) es en Lima una flor muy común; pero por Año Nuevo en que todos quieren lucirse, todo sirve de nada sino llevar ariruma y de aquí viene valer esta flor todo lo que las floreras quieran pedir. (Del folleto *Descripción de Lima*, colección Odriozola.)

avecillas a la del gavilán, huyeron velozmente los niños; Martina, aunque deseosa de ponerse también en salvo, conformóse con guarecerse tras de una columna por no abandonar a su amita, que de pie al centro del traspatio, toda blanca de luna, acongojada y medrosa, podía apenas sostener en la diestra, desmayada a lo largo de la falda, el ramo de arirumas color de oro.

La altivez pudo más en el de Montiel que la sorpresa, y, dominando su inquietud, avanzó, con arrogante cortesanía, al encuentro de la dama e inclinóse profundamente ante ella.

—Huélgome de veros, sobrino, — dijo doña Mariana, en cuyo rostro, en vez del temido ceño, notábase enigmática sonrisa. — Deploro únicamente que no me sea dable disfrutar por más rato de vuestra compañía, pues sólo venía en busca de mi hija, a quien he de llevar a la sala donde con ansia se la espera.

Y saludando al joven con irónica reverencia, doña Mariana cogió del brazo a la aturdida niña y alejóse con ella, cerrando la puerta tras de sí.

Al entrar en la pieza de respeto, vió Violante acercársele a un desconocido caballero, alto, fornido, de buen color y acentuadas facciones, que por sus atavíos de gran señor y la gallardía de su madurez vigorosa hubiera parecido de magnífico talante a quien no tuviera el gusto conquistado por la esbelta apostura, la fresca tez, los vivos ojos y el bigotillo incipiente de un galán de veinte abriles.

—Hija, te presento al marqués de la Vega del Genil, tu futuro esposo — oyó, como en sueños la muchacha que la decía enfático su padre; y, como en sueños también, sintió que el marqués cogía su mano y rozaba con los labios el mismo sitio donde poco antes se apo-

yara largamente la boca enamorada de su primo.

Hizo sentar la madre junto a sí a la asustada novia en el estrado y el marqués, previa autorización de los presuntos suegros, entregó a su prometida sendos estuches en que irradiaban el verde fulgor de las esmeraldas, el deslumbrador de los brillantes y el suave oriente de las perlas. Ella, confusa y turbada, no acertó a expresar su reconocimiento, y como la madre disculpara su timidez, afirmó el caballero, protector y galante:

—Propio es de doncella bien doctri-
nada el pudoroso recato, y no podía hallar condición más preciosa en quien ha de llevar mi nombre y perpetuar mi linaje.

Tras breve cambio de otras discretas razones, despidióse el de la Vega del Genil besando la mano de las damas y estrechando la de los caballeros; en se-

guida marcharon, a su convento el fraile y a su cama don Alonso, después de decir a Violante, trazando una cruz en su abatida frente: — Dios te haga una santa — y quedaron solas madre e hija en la solemnidad del gran salón decorado con muebles de roble y cortinas de rico damasco.

—No dudo, hija mía, — habló doña Mariana, — de tu gratitud por el celo de tus padres, que, con la ayuda de Dios, Nuestro Señor, te preparan dichosa existencia uniéndote a varón de tan raras prendas; ya lo ves: buen cristiano, de noble linaje, acaudalado, apuesto, generoso, en edad tan cabal que, sin aproximarse aun a la vejez, has de mirarle respetuosa como a dueño y protector. ¿Puede pedirse más? ¿No crees que muchas hijas de títulos de Castilla envidiarán la suerte de la del tesorero de Cruzada?

Obligada por las preguntas, quiso

responder Violante y su esfuerzo se tradujo en llanto desesperado; por dicha suya, doña Mariana, que aquella noche sentíase paciente y tolerante hasta lo inverosímil, atribuyendo a causa distinta sus lágrimas, interrógola así:

—¿Qué te aflige, niña? ¿Separarte de nosotros? Justo es que te duela; pero una ley divina impone a la mujer dejar a los padres por seguir al marido, y debes considerarte venturosa, pues para cumplirla no necesitas alejarte de tu tierra y de tu familia; en Lima seguiremos habitando unos y otros, y, con permiso de tu esposo, hemos de vernos y tratarlos continuamente.

Alentada por esta blandura, osó decir la doncella, secándose los ojos, pero sin atreverse a levantarlos:

—No es eso, madre y señora; es... que no amo al marqués.

Tal vez no cogió de nuevas la noticia a la digna cónyuge del tesorero de Cru-

zada, pues no estalló su sorpresa en voces indignadas que anonadaran a la imprudente; si en sus negros ojos ardió un relámpago de ira, lo apagó pronto la seguridad del triunfo, pues fué sin descomponerse, con imperiosa calma, que domeñó el conato de rebeldía, diciendo entre airada y desdeñosa a la doncella:

—¿Qué majaderías rezongas, tontuela? ¿Qué no amas al marqués? ¿Cómo has de amarle si por primera vez en tu vida le has visto hoy? Ya le querrás cuando sea tu marido, como me pasó a mí con tu señor padre, que el amor es obra del tiempo y del trato. ¿Mueves la cabeza como pensando: imposible? Dí, casquivana: hace una hora ¿no te parecía también imposible soltar esas flores que están ahora holladas y mustias a tus pies, mientras en el regazo agasajas las joyas que brillan siempre y nunca se marchitan? Pues con las flores compara las vaciedades del barbilindo

que te trae soliviantada y con las joyas las ventajas del hombre que te he destinado. Y a obedecer y no se hable más de esto; ve a dormir, niña, que la almohada es buena consejera, y llévase el sueño tus ideas locas. Retírate—concluyó la matrona, alzando el índice severo, —acuéstate y Dios te haga una santa, que para hacerte hija sumisa y mujer honrada están a tu lado sobre la tierra hoy tu madre y mañana tu marido.

II

En la calle de la Concepción y cercana a la iglesia, alzábase la mansión solariega de los marqueses de la Vega del Genil, tan sólidamente construída que resistió, sin mayores quebrantos, el terremoto de 1687, y tan extensa que hasta la mitad de la manzana llegaba la huerta que ocupaba el fondo de la finca,

huerta pintoresca y rumorosa, abundante en platanares y chirimoyos, en paltos y lúcumos, en higueras y pacays, con emparrados y glorietas propicios al descanso, y con un gran estanque, revestido de azulejos y sombreado de naranjos, que perfumaban con la blanca lluvia de sus azahares las aguas límpidas

Tallado en piedra veíase, en la fachada de la casa, el escudo de la familia y en el arco del zaguán la inscripción piadosa: *Ave María, gratia plena.*

A la izquierda del patio, espacioso como para que en él pudiera voltear desahogadamente la calesa, una escalera de tendidos peldaños y balaustres retorcidos llevaba al segundo piso, decorado por el marqués esmerada y lujosamente para residencia digna de su elegida. Hallábase ésta semiacostada en el sofá de un gabinete, cuyas puertas, paredes y artesonados estaban pintados de blanco con filetes dorados, y, sonriendo melan-

coléricamente, miraba a su primogénita de tres años jugar en la habitación inmediata con el hermanillo, que pataleaba y gorjeaba en las faldas de Martina, cedida muy a gusto suyo, hábilmente disimulado para no provocar las iras y variar la decisión de la autócrata, a Violante por su madre, harto desconfiada de las dotes de la hija para dirigir, sin auxilio de la experiencia ajena, el gobierno doméstico.

En la suntuosa estancia, olorosa a mixtura y a alhucema, recreado el oído por la música angélica del infantil murmullo, los ojos por la contemplación de la propia elegancia y riqueza, ¿qué nostalgias, qué inquietudes velaban con sus sombras el lindo rostro de la marquesita? ¿Echaba de menos el hogar donde nació, la presencia del padre bonachón e insignificante, de la madre enérgica y activa, de los chicos traviesos, menos caros a su corazón que estos tan suyos que

cerca retozaban? ¿O añoraba, idealizado por la ausencia, al garzón gentil con quien compartió los retozos de la niñez y las quimeras de la juventud en flor? No; doña Violante reconocía que la tutela galante del esposo era preferible a la opresora de la madre, convencida de la omnipotencia de su autoridad y de la necesidad de manifestarla por medio de órdenes, prohibiciones y regaños continuos, y no se le ocultaba tampoco que su inocente idilio más tuvo nido en la imaginación que raíces en el sentimiento. No eran, pues, reminiscencias del ayer las causantes de su disgusto; era la monotonía del hoy, pesada como lápida de plomo para sus anhelos de mujer hermosa. De poco valíale la abundancia de galas y preseas guardadas en sus arcas si sólo podía lucirlas en el recinto donde era reina y señora y ante ojos serviles. ¡Menguado dominio y míseros vasallos los suyos! Pensaba Violante que basta-

rían al medio siglo cumplido y a los briosos arrestos de su señora madre doña Mariana, la cual hallaría colmadas sus ambiciones recorriendo del alba al ocaso el vasto caserón, subiendo al mirador y a la azotea, bajando a la huerta y a las caballerizas, escudriñando cocinas y despensas, de un aposento a otro, tan pronto en el lavadero como en el salón, y trayendo, pendientes de su voluntad soberana y con el alma en un hilo, a parientes y esclavos; más no eran tan vulgares menesteres y satisfacciones como para llenar los días de una mujer de veintidós años, bella, rica y sin amor. Ocupaba parte de ellos en el oratorio, en el baño florido del estanque, en jugar con los niños, en ensayar al espejo trajes y tocados, en mirar la calle, asomada al balcón morisco de caladas celosías, y todo esto era poco para acortar el tiempo que le sobraba para lamentar cuan tristemente lo perdía. ¡Si ella pudiera emplearlo a su antojo en fiestas y saraos,

más alucinadores cuanto más desconocidos! Pero pretenderlo sería tan sólo despertar la suspicacia de que su marido dió muestras aun antes de serlo, cuando, con achaque de protección familiar, consiguió al primito alférez de la guardia del virrey ventajoso traslado a México. Y así, acostumbrada a la obediencia pasiva, ignorante de ardides que la ayudarían a imponer su gusto, únicamente con mohines y desabrimientos desquitábase doña Violante de verse obligada a llevar tan retirada vida, que la hacía inútil la posesión de sedas y tisúes y de un cuerpo hecho a torno para ostentarlos, de collares y arracadas y de unos ojos que opacaban su fulgor, y de abanicos como encajes de marfil cuya blancura se confundía con la de las manos que los manejan con innata coquetería.

¡Pobre marquesita de veintidós años, que sólo lucía la gracia de sus adornos y el adorno de su gracia en las comilonas

opíparas con que se celebraban los días de santo en casa de sus padres o en la suya, casas sombrías que parecían destinadas a que no traspasase sus umbrales varón adulto que bajase de los cincuenta, a no ser el legítimo dueño de aquellos encantos... que ya confesaba los cuarenta y cinco.

Nacido en Lima e hijo de un hidalgo andaluz que rellenó la vacía escarcela merced al matrimonio con una criolla acaudalada, don Diego de la Vega fué enviado por sus padres a educarse en España, de donde regresó ya mozo, a causa de la muerte de su progenitor y en posesión del título por el mismo motivo. Guapo, valiente, galán, acostumbrado en las aventuras madrileñas a repartir pródigamente dobloens y cintarazos, no tardó don Diego en ser el indispensable en cuanto festejo había en la ciudad de los Reyes, y es fama que tan gentilmente requebraba a las que gastaban

guarda-infante de terciopelo y cotilla bordada de pedrería como a las que sólo con holanes y zarazas realzaban la cimbreante languidez del talle y el picante atractivo de la cara color de capulí.

Porque el heredero sentara la cabeza, afanábase la madre en casarlo, más tardó cerca de dos lustros en lograr su empeño, y eso fué ganando la nueva marquesa, que encontró a don Diego ya hastiado de goces fáciles y apegado a los tranquilos del hogar. No quiso la suerte que por largo tiempo los disfrutara, y tras breves años de felicísimo consorcio, murió la dama, sin dejar descendencia, quedando el viudo afligidísimo, falto de familia íntima, en honda soledad moral. La obra lenta del tiempo y los consuelos de la religión fueron poco a poco reanimándolo y devolviéndole el gusto por la vida, y al cabo llegó a persuadirse de que era deber suyo rehacer el hogar destruido para que su nombre no se ex-

tinguiera. Alentábalo grandemente su capellán, Fray Ambrosio de Marchena, que, muy amigo y frecuentador de la casa de don Alonso de los Llanos, cogía por los cabellos las ocasiones de ponderar al marqués las excelencias de doña Violante y no paró hasta hacérsela conocer en la procesión de la Virgen del Rosario, consiguiendo que el gusto completara lo que empezaron la reflexión y el consejo.

Bizarro y generoso como en la juventud, pero curado de liviandades por la edad y el sufrimiento, era don Diego en la época de su segundo enlace, un noble tipo de caballero, parco en decires y elocuente en hechos, más recto de juicio que avisado de ingenio, esclavo de su palabra, quisquilloso en cuanto al puntillo de honra atañía, muy celoso de sus fueros, incapaz de torcer la vara de cabilante que con orgullo empuñaba ni de consentir que se torciera un ápice del

camino derecho nadie que bajo su amparo y dominio estuviera; devoto, rutinario, y, en suma, fácilmente manejable para quien con tino y sutileza lo intentare, por lo mismo que tan ingenuamente persuadido se hallaba de su firmeza y autoridad. Si vivió venturoso mientras fué marido enamorado de mujer amantísima, su igual en años, gustos y condiciones, encantado estaba ahora con los tiernos renuevos de su raza y con la joven madre que, por graciosa y dócil, hermana mayor de ellos le parecía. Como a niña necesitada de vigilancia y mimos la trataba, manteniéndola en el seguro de la casa para que el ambiente mundano no empañara su inocencia, colmándola de golosinas y dijes, complaciéndola en todo, menos en lo que podía perjudicar a la salud del cuerpo o del alma, como mordisquear dulces en ayunas, pasear por el puente en noches de luna o asistir a bailes, y sin darse cuenta de que esa existencia casi claustral, enervadora

del espíritu, era el origen de los desvíos y de las tristezas de doña Violante, desvíos y tristezas que él procuraba disipar con caricias que la pasividad que las acogía tornaba paternales.

Más que celosa preocupación, natural en quien, como hombre de su siglo, tenía de la autoridad marital el concepto calderoniano de *El Médico de su honra*, era egoísmo inconsciente lo que llevaba a don Diego a imponer a su segunda esposa hábitos tan retraídos. Conocedor de los placeres mundanos que tanto frecuentó y ya cansado de ellos, anatematizaba sus peligros y ensalzaba los goces de una existencia retirada y tranquila con involuntaria exageración, reforzando las extensas peroratas que sobre el tema endilgaba a su mujer con el estribillo — la vida que llevamos es la mejor, — a lo que Violante hubiera contestado — no para mí — a no retenerla la instintiva diplomacia femenina que

impide descubrir todo el juego al adversario. Limitábase a sonreír irónicamente, aventurando una réplica dubitativa, que obligaba al marqués a aducir en apoyo de su tesis, nuevos argumentos acerca de los cuidados a que la maternidad, próxima o reciente, obligaba a la dama; más a la sazón encontrábase ésta sana y fresca como la más sabrosa fruta de su huerta y, por tal razón, aburrida como nunca de su encierro, combinaba y desecharba planes, forjaba discursos y maduraba razonamientos para convencer a su cónyuge de las ganas con que le apetecía echar por el ignorado mundo una que otra ojeada curiosa. Pero ya fueran resabios tímidos de su educación sojuzgada o previsión estratégica de no arriesgar batalla campal hasta el momento oportuno, lo cierto es que doña Violante dejaba transcurrir sus días ociosos y monótonos, y así hubieran continuado quizás por mucho tiempo si la casuali-

dad protectora no variara su faz. No imaginaba que tal cosa ocurriría aquella tarde en que, recostada en el sofá mullido de su gabinete blanco y oro, bostezaba de fastidio o suspiraba desesperanzada, cuando, a interrumpir bostezos y suspiros, llegó de la calle el señor don Diego.

No abandonó Violante su cómoda postura ni se dignó sonreír al contestar al saludo de su marido, a quien apenas miró; pero bastóle el ligero vistazo para entrar en sospechas de que algo nuevo había sucedido, que lo tenía entre regocijado e inquieto. Acercó el marqués una butaca para sentarse cerca de su esposa, y, después de inquirir como había pasado las horas que él estuvo fuera de la casa, la dijo, mirándola atentamente:

—Fuerza será, doña Violante, que en algo quebrantemos el sosiego de nuestras costumbres; en veces por respeto al propio rango y por deferencia a quien con

su solicitud nos honra, se hace preciso sacrificar el gusto.

Súpole a mieles el preámbulo a la joven y, sin embargo, hubiera preferido que su marido lo suprimiera y se fuera al grano sin más requilorios; pintábasele la ardorosa curiosidad en la actitud erguida, que poco antes tanta indolencia demostrara, en el súbito rubor de la tez, en la ilusionada atención de los ojos, en la sonrisa que, contra su voluntad, le entreabría los labios; más empeñada en disimular sus anhelos por temor de que se le frustraran, no hizo pregunta alguna.

Un tanto defraudado en sus expectativas por este silencio, siguió hablando el marqués:

—Habéis de saber que hoy, en unión de algunos compañeros del Cabildo, acudí a Palacio para tratar con Su Excelencia de las fiestas con que la ciudad va a celebrar el cumpleaños de nuestro rey

y señor don Felipe V. Aprobó el Virrey nuestro propósito y nos manifestó que él, por su parte, solemnizaría la augusta fecha con magna sesión de los académicos que, bajo su presidencia, reúne en su gabinete todos los lunes y que con tan fausto motivo han de esmerarse en ostentar los primores de su ingenio; muy cortésmente nos convidó a asistir a la velada acompañados de nuestras familias, y luego, llevándome aparte, en momento propicio me dijo con fino empeño: — Marqués amigo, muy caro os vendéis, aunque no ignoráis lo mucho que gusto de vuestro trato, y, en muestra de ello, apresúrome a comprometeros para que no sólo a ésta sino a todas las reuniones semanales, vengáis con mi señora la marquesa, que yo os prometo que ambos habéis de hallar placer en ellas, pues no son ocasiones de frívolo divertimento sino de honesto solaz y ejercicio provechoso de las dotes del entendimiento.

—¿Y aceptásteis el convite? — preguntó suspirando Violante.

—En vuestro nombre y en el mío, creyendo que os agradaría y no recibiríais la nueva con mohines de contrariedad. Pero ahora caigo; acaso pensáis en alguna falta en vuestro guardarropa; si ése es el inconveniente, remediadlo a vuestra guisa.

—¡Oh, no! Tengo tantas cosas que nunca he usado! — respondió la marquesa, que desde las primeras palabras de su marido había pasado revista mentalmente a sus trajes y adornos.

—¿Entonces, hija mía? — preguntó bondadosamente don Diego, a quien no se le pasaba por las mientes que su mujercita inexperta y cándida fuera, por intuición, maestra en el arte femenino de hacerse rogar para consentir en aquello que con vivas ansias se desea.

—Es que... Yo en Palacio... ¿Qué papel haré? ¿No me encontraréis vos mis-

mo por demás vergonzosa y desmañada?

—Yo siempre os he de hallar perfecta — replicó conmovido el esposo — y lamentaré sólo que, por ceder a mi insistencia, podáis hallaros a disgusto.

—A disgusto, no, puesto que iré por complaceros — contestó Violante ofreciendo la diestra a su marido con ademán de reina, mientras erraba por su boca indescriptible sonrisa y le brillaban los ojos con un destello de aquella luz que irradiaron los de Eva cuando convenció a Adán de que exclusivamente fué de él la curiosidad golosa por catar el fruto prohibido.

III

Veintiséis años cumplía aquel 19 de diciembre de 1709 la Católica Majestad de don Felipe V, rey de España y de sus Indias, por obra del testamento de aquel

monarca pusilánime y enfermizo a quien apodaban el Hechizado, y los buenos habitantes de la tres veces coronada ciudad de los Reyes demostraban su regocijo por el regio onomástico a lo divino y a lo humano, con repiques y Te Deum, toros y cañas, luminarias y cohetes. Al toque de queda, los obedientes vasallos dirigíanse a sus casas, cruzando plazuelas y calles anegadas en sombras, que el alumbrado de aquellos tiempos, mezquino aunque se tratara de festejos, no alcanzaba a despejar, y sólo los muy noveleros obstinábanse en permanecer en la plaza de Armas, lo más cerca posible de la puerta principal de Palacio, curioseando, a favor de las rojizas llamas vacilantes de los hachones portados por esclavos, el arribo de las calesas haladas por vigorosas mulas, de las literas llevadas en hombros de lacayos con ricas libreas, que entraban al patio de la casa de Pizarro y se detenían al pie de la an-

cha escalinata. Con solemne empaque descendían entonces los caballeros de bordadas casacas y empolvadas cabezas, y avanzando una pierna, arqueando levemente el busto, en la empuñadura de la espada la siniestra mano semi velada por las blondas de la manga, ofreciendo el hidalgo apoyo de la extendida diestra, esperaban, reverentes y galantes, la aparición de las damas en el marco luciente de la portezuela. Asomaban ellas el rostro sonrosado y risueño por la expectativa de la fiesta y posando la mano leve en la que ofrendaba varonil sostén, saltaban del carruaje, ascendían lentamente las marmóreas gradas y entraban a los claros salones repartiendo sonrisas y cortesías. Bajo los envarados corpiños deslumbrantes de pedrería, ¡con qué agitado ritmo latían aquellos corazones femeninos, anhelando triunfos de fatuidad, halagos de amor, ocasión de desdenes, asidero de intrigas, cuanto



pone una nota viva en la diaria monotonía y halla campo propicio en las fiestas mundanas! Pero ninguno más inquieto a las puertas de lo desconocido, más ansioso a la vera de lo ignorado, que el tierno y curioso corazón de la marquesa de la Vega del Genil que, erguida la cabeza, bajos los párpados, orgullosa y recatada, parecía no escuchar los murmullos de admiración que suscitaba su paso por los salones virreinales y tenían al buen don Diego en jaque, entre orgulloso y satisfecho.

Oh, señor D. Felipe V, que injertaste en el recio trono de la monarquía hispana la rama borbónica que hasta hoy, a través de dos siglos, retoña lozana! Cuando en el fausto de tu alcázar madrileño acogías los rendidos parabienes de los grandes y los vítores de los plebeyos apiñados en la Plaza de Oriente, con sonrisa hastiada, nuncio del mal melancólico en que había de abismarse tu ra-

zón, no pasó por tus mientes que en una apartada ciudad de tus vastos dominios, aquellos que te enviaban naos cargadas de barras de plata y tejos de oro, una mujer hermosa compendiaba sus sueños de juventud en la fecha que, para tu precoz cansancio de grandezas, significaba sólo enfadosas pompas protocolares. Y menos fastidiosas las hubieras hallado si a saber llegaras tan nimio detalle, que quizás el don más simpático entre los de los poderosos de la tierra es el de servir de amable pretexto para que luzcan las damas, se encuentren los enamorados y juegen los niños en alborozado asueto!

No se hubiera cambiado por la joven y ya aburrida majestad del primer Borbón la marquesita de la Vega del Genil, cuando notaba que, en callado tributo a su belleza, muchos ojos se apartaban de los cómicos que en el tablado palatino representaban la comedia, *De un gran*

yerro, un gran acierto, escrita para esa solemnidad por el valetudinario conde de la Granja, y se fijaban en ella, admirados o envidiosos, que también es manera de admirar. Terminó la farsa del proscenio, conforme a las preceptivas de la moral y de la dramática; entraron a la sala los criados, llevando en salvillas y azafates de plata labrada, refrescos y dulces deliciosos, obra de las expertas manos de la esclava Catalina Victoria, maestra insuperable de arte tan exquisito; abandonaron los convidados sus asientos, agrupándose en corrillos, y fué centro del más animado la gentil figura falda de brocado, sobre la que caía en pesados pabellones la túnica de tisú, alargado el talle breve por la punta del ajustado corpiño adornado con encajes de Malinas, que en cascadas descendían de las mangas cortas y se rizaban en torno al escote; calzada con chapines de raso, alhajada con esmeraldas que le rodea-

ban la mórbida garganta, colgaban en arracadas de las orejas pequeñas y refulgían entre los bucles de la cabellera levantada sobre la frente. Maravillábase don Diego de verla en el brillante concurso tan segura y dueña de sí como si toda su vida lo hubiera frecuentado, y su asombro subió de punto y su satisfacción llegó al colmo cuando observó la señoril deferencia y las bien parladas razones con que la dama respondió al viejo virrey que se acercó a cumplimentarla.

Aunque fatigado el cuerpo por la edad y amargado el espíritu por las ingratitudes del soberano a cuya elevación tanto contribuyera, era siempre este invicto señor don Manuel Oms de Santa Pau, de Sentmanat y de Lanuza, marqués de Castell-dos-Rius, el mismo perfecto caballero que, según el severo y descontentadizo duque de Saint Simon, mereció, como embajador en Francia,

ser tratado por Luis XIV, "avec grande distinction et beaucoup de familiarité, parce que c'étoit un très-bon, honnête et galan homme, a qui la tête ne tourna ni ne manqua dans cette conjuncture si extraordinaire et si brillant, poli et considéré et que se fit aimer et estimer de tout le monde". Después de un rato de plática amena, anunció el de Castell-dos-Rius a sus invitados que iba a empezar la sesión de academia, y cogiendo la mano de Violante, condújola él mismo a la Casina donde aquella velada había de celebrarse el semanal torneo poético que placía sobremanera al buen virrey, tan constante y fino amante de las musas, que ni se percataba de sus desdenes. En medio a los jardines umbríos de Palacio había mandado levantar Castell-dos-Rius, espléndido gabinete de cristales, y en esa noche, alegrada por la canturía de surtidores, por los acordados sonos de los instrumentos

musicales, por las luces de arañas y cornucopias, por la gracia de las mujeres sentadas sobre almohadones de seda roja, mansión de ensueño parecía la peregrina estancia de itálico nombre.

Animada por la galante cortesanía con que fué acogida, por momentos sentíase Violante más a gusto y, dando de lado a su orgullosa reserva, disfraz de las timideces de la iniciación, preguntaba curiosa, oía atenta y reflejaba en la gozosa limpidez de sus ojos garzos, el encanto de la hora. Apoyados en los quicios de las puertas, gallardos mozos fijaban en ella miradas ardientes y a su lado respetables damas y señores, amigos de don Diego, ilustrábanla con noticias e informes.

—Mirad, marquesa,—decíala un oidor sexagenario—junto a don Juan Manuel de Rojas...

—¿El qué ha pronunciado la oración académica?

—El mismo, y a fe que ha estado inspirado y feliz el insigne secretario del virrey. Pues quién con él platica es el superior de los paulinos, fray Agustín Sanz, confesor de su Excelencia, lumbrera de la cátedra sagrada y muy sesudo en el consejo.

—En alguna ocasión he de presentároslo — ofreció el marqués a su consorte.

Contestó ella con ambiguo movimiento de cabeza que Don Diego juzgó de aceptación, pero que, fielmente interpretado, expresaba: — ¡Linda ocurrencia! Como si no tuviera bastante para sermones con los de mi madre y para consejos con los de mi marido!

—Mi esposo si imagino que os ha sido presentado — insinuó la hermosa marquesa de Brenes, señalando con el entreabierto abanico a un apuesto caballero que lucía en la chupa de recamado tisú, la roja cruz de Santiago.

—Sí, y vivísima satisfacción háme cabido, pues le admiro muy de veras desde que me fué dado leer sus donosas quintillas a la tela de Penélope.

—No sólo en esas cuartillas, — intervino su señoría el oidor — dondequiera que ponga la bien cortada pluma desparrama mi amigo don Eustaquio Vicientelo la sal de su tierra sevillana.

—A la que no le va en zaga la limeña — respondió la marquesa de Brenes, retornando cumplidamente los elogios que a su marido prodigaban. — ¿Dónde hallaremos chistes más agudos, más fino gracejo que en los versos de don Pedro José Bermúdez de la Torre? ¡Oh, aquel romance en que pinta los encantos de una beldad en relación con las piedras preciosas! ¿Y la descripción de un locutorio de monjas en día de visita, no es la verdad misma realzada por las más peregrinas galas del ingenio? Acaso no hemos visto todos a esa

*Filis, seglarita oji-negra
que los más de los días
se muda los devotos por limpieza?*
y no sabemos que
*la escucha de la sala
es una monja seca
a quien por las arrugas
se le traslucen las impertinencias?*

Con moderadas risas y cortesana fraseología aprobaron todos las palabras de la de Brenes; pero una parienta de ésta, viuda malhumorada que, pese a los atavíos y perendengues, por lo apergaminada de tez y agria de gesto tenía trazas de dueña quintañona, apuntó, malévolamente:

—Cuidado, prima, no extreméis las alabanzas al vate perulero, pues tengo para mí que si a oírlas llegara su paisano don Pedro Peralta y Barnuevo, que por aquí anda, a rejalgar habrían de saberle.

—Perdone vuesa merced, señora mía,

— dijo entonces con noble gravedad el marqués de la Vega del Genil, — si me atrevo a afirmar que os han informado mal quienes han supuesto mezquinas emulaciones entre dos tan cumplidos caballeros, que por sus altas prendas personales y sus claros entendimientos, son regocijo y honra de la ciudad donde han nacido. Y, como prueba de su recíproca estimación, recordad que si Peralta en su *Lima Triunfante*, encomia con grandísimo entusiasmo a Bermúdez de la Torre, éste no desperdicia oportunidad para loar, de palabra o por escrito, en su pretendido rival, no sólo al discípulo predilecto de las musas, sino al catedrático de prima de matemáticas, ingeniero y cosmógrafo, para quien la ciencia no guarda secretos.

—No es oro todo lo que reluce, mi señor Don Diego, — replicó la maligna vieja — ni es juicioso fiarse únicamente de las bellas apariencias; la excesiva

bondad de vuesa merced sólo en ellas se fija y le impide aperebirse de cosas que sin duda le interesarían. ¿No es verdad, marquesa?

—Cuando vos lo decís... — contestó Violante, displicente y hurtando el rostro, con hábiles aleteos del abanico, a las pupilas escrutadoras de la dama, que continuamente se fijaban en ella y en los que con más ahinco la miraban.

Iba a responder, picado, el señor de la Vega del Genil, cuando varió diestramente el curso de la charla el oidor de la Audiencia, lamentándose de que los achaques que invalidaban y recluían en su casa al septuagenario conde de la Granja, privaran al selecto concurso de escucharlo.

—Ya hemos oído su comedia, — exclamó la viuda intemperante.

—Y tendremos también el placer de que nos lean un soneto suyo — aseguró

la marquesa de Brenes, muy enterada del programa académico.

—¿Quién? ¿Su hijo don Luis de Oviedo y Herrera?

—No; el gentilhombre de cámara del virrey, aquel guapo mozo que está desde ha largo rato inmóvil junto al sillón de su Excelencia.

—No lo había notado. Veremos si sabe lucir el soneto de nuestro buen conde, cuya poderosa inteligencia no amenguan ni la edad ni las enfermedades. Le visité la semana pasada...

Y don Diego relató prolijamente su entrevista con el anciano cantor de Santa Rosa.

La marquesita no sabía si dolerse o congratularse de que su esposo hubiera cambiado la conversación que a ocuparse del gentilhombre del virrey se encaminaba; deseaba saber su nombre, tener noticias de él y no se decidía a pedir las, recelosa de que se le asomase nuevamen-

te al rostro la emoción que se apoderó de ella al entrar a palacio. Subía la escalera, y, al término de ésta, caballeros alineados en dos filas se inclinaban profundamente ante los recién llegados que ceremoniosamente contestaban. Al erguirse, después del saludo, uno de los caballeros fijó los ojos audaces en Violante, que también lo miró, e inmediatamente apartó la vista, sobrecogida por la sospecha de que aquel que la saludaba con tanto rendimiento y con tanta osadía la miraba fuera su primo Hernando. Sí; era la misma esbelta figura, el mismo rostro de rasgos regulares y enérgicos, los mismos apasionados ojos negros. Violante temía desfallecer. ¿Era alucinación? ¿Era realidad?

Ya en los salones, su voluntad resuelta logró sobreponerse a la congoja, y a poco, distraída con el esplendor del cuadro que contemplaba por primera vez, había casi olvidado la emoción de su lle-

gada, cuando sus pupilas errabundas y curiosas tornaron a encontrarse con las del mancebo. Más serena entonces, lo examinó con disimulado detenimiento y suspiró tranquilizada; no, no era Hernando; pero la miraba como él; mas, ¿qué importaba si no se trataba de aquel pobrecillo, peregrino sabe Dios por qué regiones extrañas y remotas? Y, recuperada la calma con este razonamiento, la marquesita se dejaba admirar y sonreía con sonrisa feliz que daba más viva claridad a sus ojos garzos, más gracia a los hoyuelos redonditos de sus mejillas, más blancura a sus dientes entre el fresco escarlata de los labios.

La insistencia de la viuda averiguadora acabó de sacar de dudas a Violante.

—En fin de cuentas — interrogaba, — ¿qué merecimientos tiene ese doncel para alternar con tan elevadas personas?

—No serán pocos — opinó el oidor,

— cuando es el predilecto entre los familiares del virrey.

—Y por su alcurnia, está en su sitio donde está don Mathías de Angles y Meca — terminó la marquesa de Brenes. — Pertenece a muy noble casa navarra y sus prendas de discreción y caballerosidad y sus afortunadas disposiciones para el cultivo de las letras le tienen en buen predicamento con sus jefes y compañeros, según me ha contado mi marido.

A hora avanzada concluyó la fiesta. Mientras la calesa recorría las pocas calles que separan Palacio de la de la Concepción, don Diego inquiría las impresiones de su mujer, que le contestaba con breves y atinadas razones. Ya en el dormitorio conyugal fué más explícita. Sin darle gran importancia, supo hacer ver a su consorte que las consideraciones y finezas que les habían prodigado su Excelencia y otros ilustres amigos, los obligaban

a ellos, los marqueses de la Vega del Genil, si habían de portarse como a su nombre y rango correspondía, a abandonar un tanto la vida retirada que hasta entonces llevaran. A todo asentía el enamorado esposo, que, maravillado de la rápida transformación de la joven tímida en dama cumplidísima, no se cansaba de contemplar y oír a doña Violante que, de tal guisa, parecíale aun más seductora y bella que en la noche de bodas.

A la mañana siguiente, ya muy dadas las nueve, aun dormía Violante. Las vibraciones de la campana de la Concepción, llegando confusamente a sus oídos, fingíanle la música de la fiesta, cuyo recuerdo agitaba su cerebro asoporado, presentándole en escenas inconexas a la cortesana sociedad, entre la que se destacaba doquiera, en el patio de Palacio, en los gabinetes, en la escalinata, en el prosenio, un galán cuya personalidad no podía precisar. ¿Hernando de Angles?

¿Mathías Montiel? No, no se llamaba así. ¿Quién era? ¿El primo ausente? ¿El gentilhombre?

Unos pasos cautelosos la despertaron. Abrió los ojos inquietos. A medio vestir, despeinado, en pantuflas, envejecido por el cansancio de la víspera y por el desaliño matinal, vió a don Diego de la Vega salir en puntillas del dormitorio. La marquesita apretó los párpados, subió el embozo de las sábanas, hundió en la almohada la cabeza ilusa, empeñada en volver a dormir... a soñar.

IV

—Acato vuestra opinión, don Diego
— decía al marqués su imponente suegra, que, acompañada de la niña menor, llegó a la casa en matinal visita que más trazas tenía de pesquisa inquisitorial

que de ganas de amena y descuidada plática. — Es muy acertado lo que decís; las merecidas atenciones de que os colman en Palacio, las finezas con que la bondad de Su Excelencia honra a Violante os obligan a aceptar sus convites y a alterar un tanto la vida recogida y ejemplar que con tan grande satisfacción mía se llevaba en esta casa; no podéis proceder de otro modo, es muy cierto; pero, ¿no pensáis que todo ha de hacerse con su exacta medida?

—¿Y en que se ha faltado a esa exactitud a que alude vuesa merced, mi señora doña Mariana? — preguntó amostazado don Diego. — Distracción más honesta y moral que las veladas académicas difícilmente se hallaría, y si así no fuera, aunque la propia majestad de don Felipe V me lo pidiera, no llevaría a ella a mi mujer, pues nadie, ni su misma madre, ha de mirar por su recato y buen nombre con mayor celo que yo.

—Convencida estoy de ello; mas no toméis a mal que os comunique los temores que la experiencia y la vejez me dictan; sano recreo del entendimiento son esas reuniones que preside el virrey, y nada argüiría en su contra si sólo concurrieran gentes de peso; pero una amiga mía, viuda muy respetable, que suele asistir, asegura que en las tales tertulias abundan barbilindos y damiselas con los cascos un tanto a la gineta, que no me parecen la compañía más apetecible para Violante.

—Hablillas, doña Mariana, hablillas de una despechada a quien no prestaríais oídos si conocierais, como yo conozco, que sólo puede desfogar la rabia que la consume por no haber encontrado un segundo marido, poniendo al prójimo como chupa de dómine.

—De todos modos — insistió la obstinada vieja — no me negaréis que las amistades que en Palacio se contraen,

dan lugar a fiestas y devaneos bastante reñidos con la severidad de costumbres.

—Mirad, señora, — explicó pacientemente el marqués — ha cosa de tres meses que por primera vez acudió Violante al lugar nobilísimo donde el nombre y el rango de su marido la llevaban, y, en todo este tiempo, aparte de algunas veladas académicas, ¿a qué fiestas ha ido? Unicamente a una cena de los marqueses de Brenes y a una *pachamanca*, el día de Pascua, en el *pacayar* de los de Campo Ameno.

—Mucho es para moza de sus años — sentenció la esposa del tesorero de Cruzada, — porque despierta el gusto para las futilidades y lo aleja de las obligaciones. Hoy mismo, que vengo a su casa en horas que debía dedicar a labores de buen gobierno, encuéntrome sin ella.

—No tomaréis a mal que, bien acompañada, fuera a escuchar de labios de

nuestro venerado capellán Fray Ambrosio el panegírico de Santo Domingo de Guzmán. ¡Solemne debe ser la fiesta en el templo de los padres predicadores y a fe que lamento que mi mujer no hubiera lleva do a Lucigüela!

La aludida, que estaba muy modosita sentada cerca de su madre, los pies en el travesaño de la silla, las manos cruzadas en la falda y los lindos ojos bajos, los alzó vivamente para fijarlos, con alegre agradecimiento, en su cuñado; pero volvió a bajarlos intimidada a la voz de doña Mariana, que decidió inapelable:

—Mi hija no sale sino con sus padres.

—Y cuando dentro de algunos años, que ya serán pocos, salga con su marido, lo motejaréis, como a mí ahora, de consentidor y débil.

—Líbreme Dios de censuraros cosa alguna — se apresuró a responder la señora, temerosa de haber ofendido a

su encopetado yerno. — Estimo en mucho vuestro buen juicio y entendimiento para atreverme a semejante demasía y hartas pruebas os he dado del respeto que me inspirais. Pero, bien lo sabéis, el mundo me asusta, en él la malicia y el engaño acechan y no he pensado faltáros al confesar que preveo sus peligros.

—Tranquilizaos, doña Mariana; vuestra hija es dócil y discreta, y a su lado están mi experiencia y mi energía. Además — agregó el marqués, en quien las acres observaciones de su suegra habían suscitado dudas e inquietudes — la de hoy será la última a que por ahora asistamos de estas veladas que tanto os disgustan, pues tengo resuelto que, dentro de uno o dos días, emprendamos viaje a la hacienda para reposar algo del calor y las fatigas de la ciudad.

Si su edad ya provecta y, sobre todo, sus tradicionales hábitos de austeridad no se lo impidieran, con voces de regoci-

jo y hasta con un par de zapatetas habría expresado la dama de los Llanos su contento por una decisión que no sólo alejaba a su hija de las tentaciones mundanales, sino que la probaba que, a través de la autoridad conyugal, era la suya, rigurosa y tiránica, la que imperaba sobre Violante. Avisada y cauta, guardóse muy mucho de manifestarlo y sólo con frases de halagadora aprobación comentó las del yerno.

En éstas se hallaban, cuando el rodar de una calesa en el empedrado patio anunció la llegada de la marquesita que, con lujosa basquiña negra, en lo alto del moño la calada peineta de carey transparentándose bajo el rico encaje que velaba con mística sombra el rostro radiante de juventud, entró a poco en la sala y saludó respetuosa a los mayores y con franco cariño a la hermanilla que, entre admirada y envidiosa, no atinaba a separar de ella las pupilas cándidas.

—Te encuentro desmejorada, niña,— dijo doña Mariana, clavando los duros ojos en Violante, que bajó la cabeza para ocultar la sonrisa que traía a sus labios la discrepancia de la opinión materna con la de los demás que la miraban y con la autorizadísima del espejo.

Envalentonada por lo que juzgó silencioso acatamiento y por sus propias severas palabras, lanzóse la señora a una disertación grave y prolija acerca de los daños que al cuerpo y al espíritu ocasionan la odiosa disipación y de las ventajas que les reporta el recogimiento moralizador, y terminó la filípica disparando esta flecha del partho:

—Tan penetrado como yo de estas sanas ideas y deseoso de sosiego reparador para sí y para los suyos, el marqués, siempre sensato, ha dispuesto salir mañana mismo para la hacienda.

—Lo ha dispuesto el marqués; pero no la marquesa — contestó finamente

Violante señoreando su irritación; y sin dar tiempo a que doña Mariana, boquiabierta y pasmada por la insólita respuesta, recuperara la palabra, falló así, dirigiéndose al marido:

—Trasnochando hoy, no podemos marchar mañana; el miércoles... el miércoles tampoco; será a fin de semana.

Y don Diego, fascinado por el tonillo seguro y desdeñoso de las frases y por el mohín que las subrayaba, replicó, inclinándose con toda su cortesanía de hidalgo:

—Será cuando lo ordenéis.

No atreviéndose a entablar batalla por el recelo de agravar la derrota sufrida en la escaramuza, doña Mariana guardó digno silencio; y apenas si desfogó la cólera mirando con desprecio compasivo al marqués y clavándose en las apretadas manos las uñas, ya impo-

tentes para dejar su huella castigadora en la tersa piel de la hija emancipada.

Tampoco quedó ésta muy satisfecha del triunfo, bajo el cual subsistía la amenaza del destierro, que tal parecía un viaje resuelto sin su anuencia, y así cuando a la hora de la siesta se retiró a la alcoba conyugal, se lo dijo al marido con tiernas quejas, a las que supo mezclar serias protestas de ama de casa que ve desconocidos sus fueros. Excusóse el marqués, siempre urbano; pero no cejó un ápice en su decisión, y, muy al contrario, apresuróse a dictar a Martina y a los mayordomos las disposiciones precisas para salir, en las primeras horas de la mañana del jueves, camino al valle de Carabayllo. Juzgando el momento inoportuno para insistir y por no caer en la tentación de hacerlo a destiempo que en presencia de su marido la inquietaba, con pretexto de preparar los atavíos del sarao, encerróse la marquesita en su

apuesto, después de despachar con sendos pellizcos retorcidos, reveladores de la herencia y la enseñanza maternas, a la negrita que, con indiscreta solicitud, se empeñaba en ayudarla; y un tanto aplacados por el desahogo y por la libre soledad los nervios levantiscos, púsose a dar y cavar en lo que tanto la disgustaba y en los procedimientos que en lo sucesivo había de emplear para evitar que se le escapara el cetro que, muy a gusto, empezaba recién a coger su mano pulida.

El hecho, escueto y claro, era que, ya fuese cediendo a extrañas sugerencias, ya a la propia voluntad, poco inclinada a que los hábitos familiares rebasaran de límites estrechos y severos, ya a ambas causas unidas, su señoría el marqués de la Vega del Genil trocaba la animación de la villa por la apacible monotonía campestre, y, con autoritario desplante de marido y dueño, imponía idéntico

cambio a su cara mitad, sin percatarse de que a ella la sangre moza y el espíritu inquieto no la pedían placideces bucólicas sino pompas cortesanas; o, tal vez, y esto sería lo más grave, porque harto percibía su juvenil ardor por mundanos placeres y creía apagarlo con el sedante del alejamiento, más eficaz cuanto más prolongado. Sublevábanse de nuevo los nervios de la dama ante tan desagradable suposición y con pataditas en la alfombra y enérgicas puñadas sobre el brazo mullido del sillón, afirmábase en su resolución de no permitir que, siendo casada y madre de familia, se la llevara y trajera sin consultar su opinión, como a chiquilla sin seso, y recordaba, para alentarse con el ejemplo, las voces recias y los oportunos soponcios con que, en las raras ocasiones en que pretendía alzar el gallo el buen tesoro de Cruzada, lo acoquinaba y le metía el resuello y lo doblegaba a su an-

tojo la terrible doña Mariana; pero, a poco de pensarlo, comprendía Violante que sus pasajeros arrechuchos de ira jamás lograrían lo que la férrea voluntad de su madre y que don Diego no era manejable a gritos y sofiones como el bragazas de don Alonso. ¿Tendría, pues, que someterse a la enemiga suerte y dejar transcurrir su juventud entre alternativas de aburrimiento, ya en la estancia campesina, ya en el caserón limeño? Imposible; si antes de paladear la miel, deliraba con ella Violante, y consumíase en ansias por catarla, ¿podría ahora resignarse a apartarla para siempre de los golosos labios? ¿Por qué condenarla a tan cruel abstinencia? ¿Por qué privarla de goces inocentísimos? Leve rubor coloreó el rostro, palidecido por la preocupación de la marquesita al pronunciar in mente el epíteto. Reaccionando contra el sonrojo lo repitió; inocentísimo, sí. ¿Acaso había algo de malo en solazar-

se de vez en cuando, con honesta y escogida sociedad, charlando a la sombra de los pacayares, o de los árboles de la alameda de los Descalzos, o a la luz de olorosas bujías, con amables damas y varones doctos, y en dejar que unas y otros la miraran, tal vez con asomos de envidia, acaso con destellos de complacencia? ¿Había dicho u oído ella en tales ocasiones palabras que no pudiera repetir a su esposo? A fuerza de hurgar escrupulosamente en su conciencia, acabó por confesarse Violante que, si no exactamente las palabras, el tono con que en ciertas ocasiones fueron dichas no habría hecho mucha gracia al marqués si a escucharlo llegara, y menos aún si comprender pudiera que a la señora marquesa, sin poderlo remediar, le causaba impresión diametralmente contraria a la que él hubiera sentido. El altivo continente de Violante no dejaba sospechar la íntima dulzura de la emo-

ción; tranquilizábale esta seguridad la asustadiza conciencia, que no tardaba en turbarse de nuevo al comprobar, con las exigencias del examen, que esas dulzuras, fugitivas, sí, pero innegables, las originaban no los homenajes de gentes encopetadas, halagüeños para la vanidad, sino el tímido rendimiento de cierto mancebo de gallarda prestancia y noble estirpe, pero tan escaso de caudales que sólo a la bondadosa protección del virrey debía la merced de codearse con personas de valimiento. Aquel tributo delicado y sutil, por nadie, y menos aun por don Diego, sospechado y que llegaba a ella como a la imagen sagrada la leve humareda del incienso, no encerraba daño ni siquiera peligro de tal, que si lo tuviera, mujer era Violante de ponerle atajo sin apelar a la fuga, triste recurso a que la obligaba su marido, sin otra razón que la de ser él quien mandaba. Recorriendo con el pensamiento el

sendero de su breve pasado, hallaba la marquesa que todos los pasos que diera en él fueron obedeciendo a ajeno impulso; y al mirar hacia adelante el largo trayecto misterioso que imaginaba alfombrado de flores, sonoro de cantos de pájaros, luminoso de estrellas, pensaba que las flores se marchitarían, y se callarían las aves, y se apagarían los luceros si ella hubiera de continuar siempre su camino arrastrada por una mano imperiosa. ¿Qué mal había en que unas veces se detuviera porque la apetecía el reposo y otras corriera a campo traviesa, ávida de aire y movimiento? El mal estaba en que los que ejercían autoridad sobre ella ya no entendían de ociosos descansos ni de alocados juegos. ¡Oh! Si el marido que la obligó a aceptar su madre hubiera sido también joven, compañero y no tutor, joven como... Asustada por las audacias del pensamiento, Violante se cubrió el rostro con las ma-

nos y estalló en convulsivos sollozos. Parecía que los sombríos colores de su ayer le ennegrecían el horizonte que con amarga delectación se empeñaba en obscurecer más y más, hasta que, a fuerza de compadecerse, acabó por consolarse. Secos ya los ojos, pero todavía suspirante el pecho se puso en pie lentamente, y con desgana primero, y entusiasmada al fin, dióse a revolver olorosos arcones y cómodas panzudas para escoger los adornos de la velada. Encajes y tisúes, rasos y terciopelos, hilos de corales, arracadas de perlas, cintillos de brillantes, áureos medallones incrustados de rubíes sintieron la caricia de sus manos y de sus ojos que, ya serenos, parecían decir que con sedas y joyas, juventud y hermosura, tiene una mujer armas de tan fino temple que, si no sabe manejarlas, no merece poseerlas, y ella bien merecía los ricos dones que encandilaban muchos ojos varoniles y solían trocar al esposo

tutor en apasionado galán. De las galas volvió la marquesita al espejo la mirada atenta y una sonrisa enigmática la iluminó la cara hechicera. Abrió entonces ruidosamente las puertas, llamó con voz alegre a las criadas, y, mientras acudían, tal vez hablando consigo misma, acaso con un interlocutor invisible, murmuró, entre burlona y retadora: — Hoy a Palacio; mañana a la hacienda; pero ¿por cuánto tiempo? Esa es cuenta mía.

V

Realidad o imaginación, reflejo del propio sentir o efecto de observación exacta, creía Violante que un sutil ambiente de melancolía se respiraba aquella noche en el palacio virreinal, al que había dejado de concurrir durante unas semanas que Castell-dos-Rius, en busca de mejoría para sus achaques, pasara en su

casa de campo, donde celebró las imprescindibles juntas académicas, por cierto sin la asistencia de los marqueses de la Vega del Genil, pues don Diego aprovechó la coyuntura que la distancia de la ciudad a la quinta le ofrecía para tener el gusto de quedarse en casita con su esposa.

Fuera a causa de la proximidad del inevitable viaje o de que la reanudación de hábitos interrumpidos dejara notar los cambios casi imperceptibles que al transcurrir de las horas va operando en los demás y en nosotros mismos, figurábase Violante que sobre cosas y personas pesaba la misma tristeza que oprimía su ánimo. En el clavicordio no sonaban aires de fiesta, sino lamentos de despedida; las cristalinas arandelas manchábanse con las lágrimas de cera de las bujías, que se doblegaban con languidez de cirios fúnebres; los poetas glosaban la significación del caos y de la luz,

de la vida y de la muerte, y la verdad desconsoladora de su íntima relación, sobreponiéndose a lo arduo y alambicado del concepto, velaba de sombría preocupación los rostros, desvaneciendo la sonrisa, que pronto, por obligación cortesana, reaparecía, débil en el semblante bondadoso y cansado del virrey, obsequiosa en los de sus invitados, con gracia doliente en la boca encendida de la marquesita. Sólo permanecía sombrío y mudo, en actitud de impenetrable reserva, Mathias de Angles, a quien siempre viera Violante turbado y rendido en su presencia. Siempre; en aquella noche que ya le parecía lejana, en que lo confundió con el primo galán; en las otras veladas; en la alegre pachamanca de los marqueses de Campo-Ameno; en la alameda de los Descalzos, cuando, jinete en brioso corcel, la saludaba, al paso de su dorada calesa; aquella misma mañana, semioculto entre los cortinajes de

terciopelo grana de Santo Domingo; dos horas antes al inclinarse ante ella cuando entró al salón. En ese momento don Diego, después de saludar y cumplimentar como era del caso a Castell-dos-Rius, anunció su marcha a la hacienda, y Violante sintió clavarse en sus ojos, con ardiente reproche, los del gentilhomme. Hubiera querido rebelarse contra la mirada audaz que acaso sorprendieron los extraños, que pudo notar su mismo marido; hubiera deseado castigarla con gesto de altivo desdén; pero la sutil melancolía que, en sentir de Violante, se respiraba aquella noche en el ambiente de palacio, la envolvía y la penetraba, ablandaba sus intentos de entereza y llevaba, mal de su grado, sus miradas furtivas hacia la esbelta figura varonil que continuamente estaba al alcance de su vista, plantada a firme sobre las piernas nerviosas moldeadas por medias de seda, realzada la airosa prestancia por

la casaca de raso color pasa, con alamares oscuros sobriamente entrelazados de hilos de oro, levemente inclinada la cabeza pensativa, el rostro huraño y pálido. Oyendo, casi sin entenderlos, los veros ampulosos, contestando distraída a quienes en los intervalos se le acercaban, Violante pensaba que a la par la complacía y la afligía la expresión hosca de Angles, que en su voluntad estaba tornar esperanzada con una palabra o con un ademán; y, por huir del peligro, deseaba salir de Palacio, y temblaba al recordar que pronto estaría muy lejos de allí, donde se la revelaba la vida con el dulce sufrir presentido por su alma de mujer. Estas y otras mil semejantes ideas rebullían en la mente de la marquesa, hasta que vino a apoderarse de su atención la palabra lenta y benévola del virrey, que decía a las damas:

—Tengo para mí, señoras mías, que las disquisiciones de esta noche habrán

parecido harto graves y penosas a la delicadeza de vuestros espíritus; y para que, a la despedida, se grabe en ellos impresión deleitosa y tierna, el más joven de nuestros poetas va a recitaros un romance que, no por confidencia suya, sino por venturoso azar, conocí ayer — y al hablar de esta manera el buen marqués de Castell-dos-Rius, señalaba a su predilecto Mathías de Angles y reía con la socarronería indulgente de los viejos por las pasiones de la mocedad.

Ruburoso y descontento, el apuesto mancebo navarro buscaba cómo excusarse sin ofender a su jefe y protector, y las instancias risueñas de las damas sólo servían para aumentar las ganas de esquivar un compromiso que venía en momento tan malo para su desabrimiento; entonces, con inflexiones de ruego, murmuró el acento melodioso de Violante:

—Dejad que os oigamos.

Palideció más el mozo; y después de hacer una profunda cortesía en señal de obediencia, habló así, con voz apagada, a la que pronto la emoción dió sonoras vibraciones:

*En mis penas inmortales
sin esperanza padezco,
por ser un achaque amor
que se cura con él mismo.*

*Morir quiero de los males
de puro vivir con ellos,
que quien de tristeza enferma
se ha de curar con veneno.*

*Mueran de mal entendidos
mis cobardes pensamientos,
que quien sin conocer mata
hace su delito menos.*

*Disculpa, bella homicida,
a tus crueldades prevengo,*

*que hay rigores que se anuncian
aun antes de padecerlos.*

*De tu hermosura y mi suerte
me colijo mi desprecio,
porque en tu beldad peligra
mi mayor merecimiento.*

*Cuando voy a declararme
mudo me hace tu respeto.
¡Oh! Quién hallase unas voces
que hablasen con el silencio!*

*Mas si hay ecos en los ojos
que mirándote hablan tiernos,
¿por qué, di, no tiene oídos
para escucharlos tu pecho?*

*Mucho más que no la queja
sentir sabe el sufrimiento,
que las penas que son dichas
dichas son o quieren serlo.*

*Porque callar un dolor
y disimular sintiendo,
es hacer en el martirio
generosos los tormentos.*

*Querer y decirlo es
pedir recompensa al dueño
y yo no quiero hacer deuda
lo que en mi cariño es feudo (1).*

Cesó la trova amorosa y dolida y extremaron todos las muestras de aprobación, sin perjuicio de que algún envidioso murmurara con otros de su misma calaña que era síntoma de chochez en el virrey preferencia tan marcada por un pisaverde de tres al cuarto. Las damas salpicaban de sonrisas y pícaros donaires las felicitaciones que el vate agradecía, discreto. La marquesa de la

(1) Estos versos no son de Mathías de Angles sino del satírico limeño Juan de Caviades, que en ellos se mostró delicado poeta lírico.

Vega del Genil que, con achaque del calor, separándose un tanto de las amigas, había retirado su taburete al hueco de una ventana, expresó también sus parabienes: acercósele entonces de Angles, y en vez de las frases de usual cortesía que esperaba, oyó Violante que, como amarga acusación, la decía sordamente:

—Os marchais, señora.

Presa de íntima congoja, a la que se mezclaban desconocidas mieles, ante el rostro descolorido y las pupilas llameantes que en ella se fijaban, sin saber bien lo que ofrecía, contestó la dama muy quedo:

—Sí; pero sólo por un mes.

—Un mes, un mes — repitió el joven sin poder disimular su ansiedad. — Entonces, estaréis de vuelta el 24 de abril?

Y ella dominada por el acento trémulo y anhelante como nunca lo estuvo por

el imperioso de la madre ni por el blandamente autoritario del marido, afirmó:

—El 24 de abril. — Y sonrió, sólo porque el mozo sonreía mirándola extasiado, desaparecido el ceño adusto, disipada la nube sombría que desde el principio de la velada le oscureciera el rostro al anuncio del viaje.

Era ya la hora de marcharse y llegó don Diego en busca de su mujer, al mismo tiempo que, por el opuesto lado, se aproximaba una amiga preguntándola si iría al día siguiente a Santo Domingo a continuar el triduo.

—En vísperas de partir, los quehaceres no la dejarán tiempo — se apresuró a contestar el esposo de Violante, la cual ocultando bajo la aparente conformidad de la frase, la rebeldía vengativa de la intención, agregó, mirando de soslayo al gentilhombre:

—Apenas si podré, en los dos días

que aún pasaré en Lima, oír misa de alba en la Concepción.

¡Campanitas de las Concebidas, sonoras en el aire puro de la madrugada, anunciadoras de la primera misa, la que oyen las gentes de trabajo, los humildes de corazón, los devotos ingénuos que no buscan las solemnidades pomposas sino la calma de la hora temprana para darse a Dios y pedirle fuerzas para llevar el fardo cotidiano! ¡Qué cosas misteriosas e inefables prometía vuestro claro repiqueteo al caballero apuesto que hizo caer en pecado de fantaseos a más de una monjita soñadora que, por entre los hierros labrados de la reja, lo viera ofrecer el agua bendita a una grácil tapada!

¡Campanitas místicas, a tentación repicabais en el alma del enamorado a cuya esperanza decían vuestros claros sonos: ¡24 de Abril! ¡24 de Abril! Y ¡24 de Abril! repetía el tintineo de los cas-

cabeles de la calesa, desde la que le sonrió por última vez la dueña de su sentir al cruzar la portada de Guía, camino al valle de Carabayllo.

VI

En la sala del caserón de la hacienda, sentados en torno de una mesa enconchada, encima de la cual se alzan grandes candelabros de plata con olorosas velas, los marqueses de la Vega del Genil y su capellán distraen el tedio de la noche pesada y calurosa — lo aumentan, a juicio de Violante — jugando una partida de naipes. Al oír las campananadas de las ocho, la marquesa declara que es hora de suspender el juego; su reverencia pide entonces permiso para retirarse, y después de decir por cuarta o quinta vez desde el umbral de la puerta — Santas y buenas noches nos dé

Dios — se aleja lentamente, cruzados los brazos sobre el pecho, perdidas las manos en las mangas del hábito. Quedan solos los esposos; don Diego mira el perfil de su consorte, que el reflejo de las bujías proyecta, fantásticamente agrandado, sobre el muro; hace la observación en voz alta y como sus palabras caen en el vacío, el noble señor esboza un gesto resignado, y, abandonando todo intento de charla conyugal, se acomoda en un sillón de vaqueta adornado con clavos cabezones de plata para echar un sueñecito. A poco, su respiración pausada y fuerte avisa que ha logrado su deseo. Violante, que ha permanecido largo rato inmóvil, apoyados los codos sobre la mesa y la barba en las palmas de las manos, se pone de pie, cruza despacio la estancia y sale al amplio corredor enladrillado, en cuyo barandal de madera recuesta el busto. La noche es cálida y brillante de luceros

que titilan en el firmamento oscuro; a ratos una ráfaga de brisa trae el rumor lejano de los cañaverales; en el galpón de los esclavos, una voz fresca de mujer canta, quejosa de su paisana que está en los cielos:

*Santa Rosa de Lima,
¿cómo consientes
que los enamorados
vivan ausentes?*

La marquesa suspira. Alma de sirva, alma de señora, las dos lamentan en la noche callada la misma nostalgia de amor.

Errante la mirada entre las sombras, inquieto y vagabundo el pensamiento, Violante se esfuerza en sujetarlo y conducirlo por el laberinto espiritual hacia terreno llano y de cordura. Vano intento. El incorregible aventurero lo burla a su sabor, escabulléndose por los vericue-

tos del recuerdo y revoloteando atrevido sobre los abismos de la quimera. La dama se irrita de sentirse vencida y desorientada, cuando debía encontrarse ufana y segura por la victoria conseguida sobre la voluntad de su esposo. Tenía ya la promesa solemne de éste, incapaz de retractarse si su palabra estaba de por medio. Saldrían de la hacienda dos días después para llegar a la ciudad en la fecha que ella se había propuesto. ¡Caro triunfo comprado a precio de lágrimas, de enfermedades fingidas, de astutos desvíos, de regateos y promesas, de comedias de cariño! Y todo, ¿para qué? Violante empeñábase en creer que sólo el deseo de ser, en su justa medida y no con tiránica arbitrariedad como doña Mariana, señora de sí misma y de su casa, impulsóla a esgrimir las finas armas femeniles, hábil y acertadamente hasta lograr su anhelo de volver a la villa vi-reinal. Cerrando los ojos, fatigados de

sondear la obscuridad, veía la dama la ciudad risueña, cercada de huertas, las cúpulas de los templos, las torrecillas airosas de los miradores, las arquerías moriscas de los portales, la fuente broncea de la plaza mayor, coronada por la belleza alada del ángel que mira a Palacio... A la evocación de la casa señorial, sin querer sonríe inefablemente la marquesita; el pensamiento travieso alza el vuelo a solazarse por mágicas regiones; cuando su dueña, después de largo rato, cae en la cuenta de la escapatoria, le echa mano, le zarandea, y, encarándosele, le asegura, en son de reto, que aunque él de puro ocioso se descarríe, ella no lo seguirá en sus locos devaneos y siempre será buena. Para afirmarse en su intención, va a orar; levanta los ojos al cielo sombrío, entreabre la boca de púrpura viva... y el pensamiento rebelde pone en ella, no la súplica humilde, sino la queja ardorosa, que

allá, en el galpón de las esclavas, canta otra mujer:

*Santa Rosa de Lima,
¿cómo consientes
que los enamorados
vivan ausentes?*

En estas luchas calladas pasaron las horas y llegó la de emprender el viaje, que fué lento y reposado, con frecuentes pascanas para aliviar el cansancio. Llegaron a la capital perulera en una tarde neblinosa y opaca; nubes grises velaban el sol y se diría que sus alegres rayos refulgían sólo en los ojos garzos de Violante; con grave plañido vibraban los sonos de la Mari Angola de la Catedral.

—¿Oís esos dobles? — preguntó alarmado el marqués. — ¿Qué desgracia anunciarán?

—Quizás ha venido el galeón de Es-

pañá con tristes nuevas de la familia real — contestó la consorte; y, sin poder evitarlo, dióse a imaginar fúnebres liturgias en templos enlutados y hasta alguna solemne velada, con elegías y adónicos, en honra y recuerdo de la augusta persona que, desde el pudridero del Escorial, daba ocasión a aflicciones protocolares.

Aceptó don Diego la suposición y siguió discurriendo sobre quien sería el difunto, hasta que la calesa se detuvo en el patio de su casa, al pie de la ancha escalera de piedra. Apoyó la marquesa su mano calzada con guante de ante en la del marido, y ambos subieron pausadamente y atravesaron el corredor, para encerrarse cada cual en su aposento, a cambiar los arreos de camino. Mientras lo hacía, charlaba Violante con la vieja Martina, congratulándose de hallarse nuevamente en su hogar y en la ciudad. Gozosa de ver tan contenta a su

amita, preguntóla Martina si iba a dar la noticia del feliz arribo a los señores de los Llanos, a lo que la dama respondió:

—Ya hoy es algo tarde; les avisarás mañana tempranito — y agregando para su sayo: — Para sermones siempre hay tiempo — continuó huroneando en arcas y gavetas, acomodando muebles y recorriendo cuartos hasta llegar al balcón y, a través de la calada celosía, atisbar la calle. A poco vió avanzar por ella al marqués de la Vega del Genil platicando con un compañero de Cabildo; detuviéronse en la puerta de la casa, y aunque Violante no pudiera percibir las palabras, por los movimientos de cabeza y el ademán desalentado con que ambos dejaban caer los brazos a lo largo del cuerpo, comprendió que de algo muy grave trataban; afanosa por saberlo, en cuanto vió a su marido despedirse del cabildante, entróse en su gabinete a es-

perarlo, más curiosa que asustada de lo que contarle pudiera; pero cuando lo vió llegar con tardo paso y demudado semblante y dejarse caer en el sofá al lado de ella, sobresaltóse y averiguó solícita la causa de su desazón.

—Plegue a Dios — respondió don Diego, — que para el buen gobierno de estos reinos no sea de infaustas consecuencias la desventura que ha de sorprenderos tan dolorosamente como a mí. Nuestra ausencia en la hacienda, con pocas e inciertas noticias de Lima, nos ha impedido conocer los progresos del mal que minaba la salud de nuestro muy ilustre y venerado virrey; aquella velada literaria a que asistimos en vísperas del viaje fué la postrera que se celebró en Palacio; ya al lunes siguiente no pudo su Excelencia abandonar el lecho y pese a las drogas y sangrías de los físicos y a los cuidados de los familiares, la enfermedad que atormentaba

los días del virrey siguió avanzando inexorablemente hasta acabar con él en la mañana de hoy.

—¡Jesús! — gimieron los labios lívidos de Violante; y en su corazón amedrentado, una voz agorera clamaba: — ¡Aviso de Dios! ¡Aviso de Dios!

—Lejos de mí cavilaciones malévolas — prosiguió don Diego, — pero a fe que no han sido los años ni las dolencias del cuerpo los que han abierto la tumba al marqués de Castell-dos-Rius; cortesanos intrigantes, valiéndose de calumniosos ardides lograron que su Majestad firmara la destitución del virrey del Perú; y aunque por ruegos de una hija de éste, dama de honor de la reina mi señora, revocóse la orden, era muy punzonoso el marqués y muy cruel el olvido en que se echaban sus servicios a la causa borbónica durante la guerra de sucesión, para que pudiera sobrevivir al acerbo desengaño. En tanto, todo es con-

fusión y congoja en Palacio. Aquel paje, favorito del virrey, ¿recordáis al mancebillo de los versos?...

—Sí, sí... —dijo ella anhelante, fijando en su esposo los ojos despavoridos. — Es presa de aguda fiebre y accesos de delirio. Cuéntase que su señor, en sus últimos días, le habló a solas y le hizo prometer que, cuando él falleciese, regresaría a España; y el pobre mozo, trastornado de pena, cree que en el momento debe cumplir la voluntad del moribundo, lucha con sus compañeros porque le dejen salir y vocifera que está arrepentido de no se sabe qué aviesos intentos y que quiere meterse cartujo.

Incapaz de seguir escuchando, la dama se puso de pie, balbuceando, con alterada voz, que iba a rezar.

—Rezad, señora — profirió con solemnidad don Diego. — Encomendad el alma de nuestro excelso amigo a la Divina Misericordia que ha de acogerla

piadosa en su seno. Yo elevaré mis preces en la capilla de Palacio y allí me informaré de la ocasión en que ha de abrir la Audiencia el pliego de mortaja.

Salió el caballero, y tras él abandonó Violante la estancia, cruzó el corredor, ya obscurecido por las primeras sombras de la noche, y se detuvo, vacilante y trémula, escuchando, en el torbellino sonoro de las mil campanas de la ciudad doblando lúgubrementes, el claro timbre de las del monasterio de la Concepción, aquellas que en una alba rosada de quimeras repicaban locas la fecha que la realidad tornó siniestra: 24 de abril!

Huyendo, sin saber de qué, refugióse en su cuarto, alumbrado apenas por una lamparilla de aceite encendida ante una imagen de la Virgen; un murciélago, anidado en la cornisa de la puerta, escapó asustado, golpeando en su torpe vuelo el hombro desnudo de la marquesa; lanzó ella un grito agudo y cayó de

rodillas. Había sentido en su carne palpitante el roce del pecado, el aletazo de Satán.

Vuelan los días, corren los años y en su giro incesante traen cosas nuevas que hacen olvidar las viejas y cambian a las gentes por dentro y por fuera. El transcurso de casi cuatro lustros ha encorvado la estatura prócer del marqués de la Vega del Genil y surcado de arrugas su rostro hidalgo, y, ensanchando

las curvas y acentuando las facciones de la marquesa, ha trocado su gentileza grácil en espléndida madurez. Ambos esposos, de pie en el estrado colgado de terciopelo de Utrecht, despedían a los comensales al almuerzo con que celebraron los esponsales de su primogénita con el marquesito de Brenes, que, de regreso de España, lucía el uniforme de capitán de las milicias reales, realzando la gallardía de sus veinticinco mayos. Poca edad le parecía para hacerlo marido de su hija, a don Diego, que cuatro años antes, cuando ella cumplió los diez y ocho, había propiciado las pretensiones de un acaudalado cabildante, viudo y muy sensato, que emparentar con él quería; pero la marquesa mostróse entonces tan reacia para casar a la niña como empeñada estuvo ahora, al ser el galán el compañero de infancia de sus hijos, y, como de ordinario, su voluntad prevaleció. Regocijábase don Diego de

haber cedido, viendo la alegría que, sin desmedro del recato y compostura impuestos por la buena crianza, iluminaba la cara preciosa de la doncella, y así lo dió a entender, con cierta solemnidad, cuando, retirados los invitados, quedaron en familia. Formaban ésta el anciano don Alonso de los Llanos, que, muerta doña Mariana, de temeroso recuerdo, y casados los hijos todos, fuese a vivir al lado de la mayor; los marqueses de la Vega del Genil; los afortunados novios; el mayorazgo, muy guapo con su rico atavío de caballero de Santiago; el segundón que pronto, al dejar la hopa y beca de seminarista, ocuparía, por ser quien era, una canongía metropolitana; el paje del virrey marqués de Castel-Fuerte, un adolescente espigadito de rostro apicarado; las dos gemelas, con su encanto pueril de capullos de rosa, y el Benjamín de la casa, rapazuelo de cuatro años, rubio y coloradito, acurruca-

do a los pies de la madre. Recreándose en contemplarlos, el noble don Diego habló así, conmovido:

—Loado sea el Señor que me ha permitido alcanzar este día feliz rodeado de los seres más queridos de mi corazón, y bendita mil veces la hora en que uní mi existencia a la de la sin par señora, ejemplar en luces, virtudes y cordura, que en tu nuevo estado ha de ser tu norma y tu modelo, hija mía, si, como bien nacida, aspiras al respeto y la consideración que sólo alcanza la mujer irreprochable que jamás ha empañado el claro cristal de su conciencia ni con la sombra de un mal pensamiento.

Viejos y jóvenes fijaron los ojos amorosos en Violante, que, con los suyos arrasados en lágrimas, les sonreía dulcemente; y reconociendo, en su humildad cristiana, la causa a que debía recoger en su otoño sazonados frutos de honesta ventura, imploró, en ruego callado y

fervoroso: — Dios te tenga en su eterna gloria, ya que tan a tiempo te llevó de este mundo, ¡oh, buen marqués de Castell-dos-Rius!

EXTRACTO DEL CATALOGO

DE LA

EDITORIAL CERVANTES

Biblioteca poética

Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas

- | | |
|----------------------------|-----------------------------------|
| I. <i>Heine.</i> | XXIV. <i>Ibarbourou.</i> |
| II. <i>Leopardi.</i> | XXV. <i>D'Annunzio.</i> |
| III. <i>Shelley.</i> | XXVI. <i>Gomes Leal.</i> |
| IV. <i>Shakespeare.</i> | XXVII. <i>Petőfi.</i> |
| V. <i>Victor Hugo.</i> | XXVIII. <i>Querol.</i> |
| VI. <i>Wordsworth.</i> | XXIX. <i>Antero de Quental.</i> |
| VII. <i>Pascoaes.</i> | XXX. <i>Hölderlin.</i> |
| VIII. <i>Verlaine.</i> | XXXI. <i>Omar Kayydm.</i> |
| IX. <i>Musset.</i> | XXXII. <i>Ausias March.</i> |
| X. <i>Novalis.</i> | XXXIII. <i>Fray Luis de León.</i> |
| XI. <i>Carducci.</i> | XXXIV. <i>Nietzsche.</i> |
| XII. <i>Dante.</i> | XXXV. <i>Andrés Chénier.</i> |
| XIII. <i>Tennyson.</i> | XXXVI. <i>Paul Fort.</i> |
| XIV. <i>Balmont.</i> | XXXVII. <i>Samain.</i> |
| XV. <i>Horacio.</i> | XXXVIII. <i>Albert.</i> |
| XVI. <i>Goethe.</i> | XXXIX. <i>Agustini.</i> |
| XVII. <i>Carrasquilla.</i> | XL. <i>Eugenio de Castro.</i> |
| XVIII. <i>Maragall.</i> | XLI. <i>Juan Alcover.</i> |
| XIX. <i>Lord Byron.</i> | XLII. <i>Lamartine.</i> |
| XX. <i>Mörke.</i> | XLIII. <i>Storni.</i> |
| XXI. <i>Rubén Darío.</i> | XLIV. <i>Junqueiro.</i> |
| XXII. <i>Camões.</i> | XLV. <i>Gabriela Mistral.</i> |
| XXIII. <i>Nazariantz.</i> | |

OBRAS DE FERNANDO MARISTANY

Pesetas

Las cien mejores poesías (líricas) de las lenguas francesa (3.^a edición), inglesa (2.^a edición), portuguesa, alemana, italiana y española. Cada volumen 2,50

En el Azul... Poesías originales. Prefacio de Teixeira de Pascoaes. 2

La dicha y el dolor. Poesías originales. Prefacio de Manuel de Montoliu 1

Antología general de poetas franceses. Prólogo de Alejandro Plana. 4,50

Florilegio, con las mejores poesías (líricas) griegas, latinas, italianas, portuguesas, francesas, inglesas y alemanas. Prefacio de A. Bonilla y San Martín y seis prólogos. (Obra dedicada a España) 10

Cántigas de amor, por Carmela Eulate Sanjurjo. Prólogo de F. Rodríguez Marín . . 2,50

Antología de Poetas Orientales, por Carmela Eulate Sanjurjo 3,50

Tabaré : La leyenda patria, por Juan Zorrilla Sanmartín (2.^a edición) 3

Regreso al Paraíso, por Teixeira de Pascoaes. 3,50

Biblioteca de Autores Americanos

Motivos de Proteo, por J. Enrique Rodó. 6

El camino de Paros, por J. Enrique Rodó. 4

El Mirador de Próspero, por J. Enrique Rodó. 6

Hombres de América , por J. Enrique Rodó	4
Ariel , por J. Enrique Rodó.	2
El que vendrá , por J. Enrique Rodó	5
Ariel y Liberalismo y Jacobinismo , por José Enrique Rodó. Prólogo y apéndice de Rafael Altamira	3,50
El teatro del uruguayo Florencio Sánchez . Prólogo de Vicente A. Salaverri. Tomo I: <i>M'hijo el doctor</i> .— <i>Los muertos</i> .— <i>Nuestros hijos</i> . (2. ^a edición.).—Tomo II: <i>Los derechos de la salud</i> .— <i>En familia</i> .— <i>Moneda falsa</i> . Prólogo de Juan José de Soiza Reilly.—Tomo III: <i>Barranca abajo</i> .— <i>La Gringa</i> .— <i>El desalojo</i> . Cada tomo.	2
Florilegio de prosistas uruguayos , por Vicente A. Salaverri	3
Cuentos del Río de la Plata , por Vicente A. Salaverri. Prólogo de Vicente Clavel.	3,50
La nueva Literatura , por Aníbal Latino.	2,50
La actitud secreta de la soledad , por Leonardo Pena.	4
El Carnaval de Lili , por Carrasquilla-Mallarino	2
Mi campaña hispanoamericana , por Manuel Ugarte	2,50
Los mejores cuentos venezolanos . Prólogo, selección y notas de Valentín de Pedro	4

Otras obras literarias

El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia , por Selma Lagerlöf. Premio Nobel de literatura. Traducción directa del sueco, con 18 preciosas ilustraciones de los más renombrados artistas suecos, hechas expresamente para esta edición.	8
---	---

Espartaco , por Rafael Giovagnoli. Traducción del italiano por Juan Planella	5
César Napoleón Gaillard a la conquista de América , por Juan Farmer. Traducción de Juan Planella	4
Tres ingleses en Alemania , por Jerome K. Jerome. Traducción de Daniel M. Ferrando .	3,50
Crónicas y Diálogos , por Jacinto Benavente .	1,50
El túnel , por Bernardo Kellermann. Traducción de Ramón M. ^a Tenreiro. (5. ^a edición.). .	5
Jerusalem , por Pierre Loti. Traducción de V. Díez de Tejada	3,50
Hacia Ispahán , por Pierre Loti	4
La India , por Pierre Loti	6
Libro de la Patria , por José Pin y Soler. . .	6
Los mitos de la América precolombina , por Adolfo Bonilla San Martín	6
Flor de carne , por Luis de Val. (2. ^a edición.) .	3,50
Animales amigos , por Alfonso Lopes Vieira, I. Ribera Rovira y Fernando Maristany. Ilustraciones de Raul Lino y Arturo Ballester. Precioso libro dedicado a la educación moral de la infancia (2. ^a edición)	6
Historietas cómicas del Tirol , por Carlos Schönherr.	2,50
En América Meridional , por Alfonso Maseras. .	3
A través de Galicia , por D. Martínez Ferrando	3
La leyenda de Gösta Berling , por Selma Lagerlöf	7
Costa y el problema de la educación nacional , por Edmundo González-Blanco.	3
Supremas visiones de Oriente , por P. Loti .	4
Aves sin nido , por Luis de Val	3,50
El 14 de diciembre , por Dmitri Merejkowski .	6,50
Galilea , por Pierre Loti.	4

	<u>Pesetas</u>
Humus , por Raul Brandao	3,50
Arte y Realidad , por Rafael Altamira.	3,50
Ingrid Berg , por Selma Lagerlöf	2,50
El carretero de la muerte , por Selma Lagerlöf	2,50
El mundo a través de dos siglos (1721-1921), por Sebastián Gomila. En rústica	4
La lucha , por M. Vinnichenko	1,50
El desierto , por Pierre Loti	4
Tres leyendas sobre el Crucifijo , por Julio Zeyer	2
Tratado de la perfecta novia , por José Sánchez Rojas.	1,50
Avatar , por Teófilo Gautier	2,50

Obras completas de B. Morales San Martín

	<u>Pesetas</u>
I.— El Ocaso del hombre , novela simbólica.	4
II.— El enigma de lo imposible , novela dramática	4
III. — Tierra levantina , novela valenciana, 2 tomos	8

Selección de cuentos para niños

El ave de fuego , por Bozena Nemcova	1
La rana princesa , por Carlos J. Erben	1

Selección de novelas breves

Fantasma de Oriente , por Pierre Loti.	
Los emigrantes , por E. Sienkiewicz.	
La campesina disfrazada , por Pushkin.	
El Patriarca , por Laza H. Lazarevich.	

Asia, por Ivan Sergueich Turgueniev.
Generosidad de corazón, por Selma Lagerlöf.
Rosa mística, por J. Pin y Soler.
El comprador de haciendas, por Monteiro Lobato.
Deformarse es vivir, por Vicente A. Salaverri.
La muerte de Jesús, por Eça de Queiroz.
Fausto, por Ivan Sergueich Turgueniev.
Una noche terrible, por A. P. Chejov.
La incasable, por V. Díez de Tejada.
Petter Nord, por Selma Lagerlöf.
Dos familias, por María Edgevorth.
La evasión, por Benito Lynch.
En la noche, por Horacio Quiroga.
Mogens, por Jens Peter Jacobsen.
El camino azul, por F. Mirabent Vilaplana.
La conversión, por Alfonso Maseras.
El abismo, por Carlos Dickens.
El loco, por A. P. Chejov.
El niño que enloqueció de amor, por Eduardo Barrios.
El ahijado, por León Tolstoy.
Coloniaje romántico, por Angélica Palma.

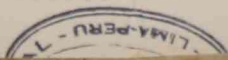
Cada tomo, de 100 a 300 páginas, Ptas. 1, 1,50 y 2

Estas preciosas novelas, reunidas cada tres o cuatro en volúmenes hermosamente encuadernados, se venden al precio de 5 ptas. tomo

Biblioteca Científica

Resumen de técnica operatoria

por los PROFESORES DE LA FACULTAD DE
MEDICINA DE PARÍS



Obra dividida en los siete tomos siguientes:

- Tomo I. Lenormant: *Cabeza y cuello.*
» II. Schwartz: *Tórax y miembro superior.*
» III. Guibé: *Abdomen.*
» IV. Duval: *Aparato urinario y aparato genital del hombre.*
» V. Labey: *Miembro inferior.*
» VI. Proust: *Aparato genital de la mujer.*
» VII. *Práctica corriente y cirugía de urgencia.*

Obra ilustrada con 1.782 figuras.

Cada tomo, en tela flexible: **Ptas. 12**

Pesetas

Guía práctica de los regimenes alimenticios, por el Dr. Calicó	3,50
Los baños de sol, por el Dr. Herminio Castells	1
Semiología de la sífilis del aparato respiratorio, por el Dr. J. Calicó	6
Primeros auxilios a los intoxicados, por P. Navarro-Sala	1
De la desinfección y de los desinfectantes, por el Dr. R. Almirall	1
La higiene de la voz y del cantante, por el Dr. J. Calicó	2
Manual de la enfermera, por Mercedes Safont	1

559217





biblioteca
nacional
del Perú



1000018258

LIBROS

INVENTARIO 2011

P(50463)

Obra dividida en los siete tomos siguientes:

- Tomo I. *Enfermedad Cabeza y cuello.*
• II. *Schwartz: Tórax y miembros superiores.*
• III. *Cuillé: Abdomen.*
• IV. *Duvak: Aparato urinario y aparato genital del hombre.*
• V. *Labry: Miembro inferior.*
• VI. *Proust: Aparato genital de la mujer.*
• VII. *Prédico: Cirugía y cirugía de urgencia.*

Obra ilustrada con 1.782 figuras.

Cada tomo, en 16^a flexible: Ptas. 12

Pagos:

Guía práctica de los regimientos alcohólicos, por el Dr. Cuillé	3,50
Los baños de sol, por el Dr. Navarro-Castillo	1
Semiología de la sífilis del aparato reproductor, por el Dr. J. Cuillé	6
Primeros auxilios a los intoxicados, por P. Navarro-Sala	3
De la desinfección y de los desinfectantes, por el Dr. R. Almirall	1
La higiene de la voz y del cantante, por el Dr. J. Cuillé	2

Mercedes Salsá



biblioteca
nacional
del Perú



0000166406

BNPCBN

Percins 1

